

TU ROSTRO BUSCARÉ

Viacrucis con los Salmos

TU ROSTRO BUSCARÉ
Viacrucis con los Salmos



INTRODUCCIÓN

Nos exhorta Dios a través del salmista:

«Acudid al Señor y a su poder, buscad su rostro de continuo» (*Sal 105, 4*).

El poder de Dios es, sobre todo, la Cruz. Así se nos anuncia en la primera carta de San Pablo a los Corintios: «Porque el mensaje de la cruz es necesidad para los que se pierden, pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios» (*1 Cor 1, 18*).

«Acudid al Señor y a su poder, buscad su rostro de continuo» (*Sal 105, 4*)... Es decir, contemplad la Pasión, mirad su Rostro desfigurado.

No en vano, continúa así el Salmo:

«¡Recordad las maravillas que hizo, sus prodigios, las sentencias de su boca, linaje de Abrahán, su siervo, hijos de Jacob, su elegido! Él es el Señor, nuestro Dios; sus juicios alcanzan toda la tierra» (*Sal 105, 5-7*).

Y si nos invita a traer a la memoria las maravillas que Dios hizo con nuestros antepasados, ¡cuánto más la Maravilla de las maravillas, por la Cual el género humano ha sido redimido! Maravilla que no sólo forma parte del pasado, sino que se actualiza día a día en el Santo Sacrificio de la Misa.

Dice el Señor:

«¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues, aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré! Mira: te he grabado en las palmas de mis manos, tus murallas están siempre ante mí» (*Is 49, 15-16*).

¿Vamos, pues, a olvidar nosotros a Jesús? A Su semejanza, tengamos siempre Sus Sagradas Llagas y Su Rostro desfigurado ante nosotros.

Dice el Beato fray Remigi, mártir:

«No sólo asistir al santo Sacrificio, sino, también durante el día, debe el alma piadosa acordarse de la Pasión de Jesús. Recordándola con devoto afecto, exclamaba San Pablo profundamente emocionado: "¡Me amó y se entregó a Sí mismo por mí!" (*Ga 2, 20*). Si hubieses sufrido por un amigo trabajos y afrentas, ¡cuánto te afligiría saber que él, en vez de mostrarse agradecido, no se acuerda de ti! Pero ¡qué dulce satisfacción la tuya al enterarte de que tu amigo se muestra muy enternecido acordándose de ti, y no halla cómo agradecerte lo que por él sufriste!... ¿No ha de ser muy sensible al tiernísimo Corazón de Jesús ver que las almas se olvidan de lo que padeció por salvarlas de la muerte eterna? Ojalá se deshicieran nuestros corazones en afectos de amorosa gratitud a Jesús, que, por un exceso de amor, ¡quiso humillarse

hasta ser azotado como un esclavo y morir en un infame patíbulo entre dos malhechores!» (*La joven cristiana en la escuela de Santa Teresita del Niño Jesús*, ed. Militantis, p.347).

Son muchos y grandes los beneficios y promesas que Dios ha reservado para aquellos que contemplan devotamente la Santísima Pasión. Sin embargo, quien de verdad quiera amar, no debe buscar su propio provecho, sino ser consuelo del Señor. Seamos, pues, en este Camino de la Cruz, Paños en manos de la Virgen, con el único propósito de enjugar el Rostro de Jesús y reparar Su dolor.

«Tu Rostro buscaré» (Viacrucis con los Salmos) ha nacido para facilitar la contemplación de la Pasión de Cristo, y hacerlo con devoción. Es un Viacrucis sencillo, directo, con una breve selección de Salmos que ponen voz a los sentimientos de Jesús. Un Viacrucis conciso, sin meditaciones adicionales, para que sea el mismo Espíritu Santo quien exhorte a cada alma.

Al final de la obra, hemos incluido un pequeño apéndice para considerar algunos dolores de Jesús en la Eucaristía.



Oración inicial

+

Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos
el fuego de tu amor.
Envía, Señor, tu Espíritu.
Que renueve la faz de la Tierra.

Oremos.

Padre eterno, ya que me has dado por herencia la
Faz adorable de tu divino Hijo, yo te la ofrezco y te
pido, a cambio de esta Moneda infinitamente
preciosa, que olvides las ingratitudes de las almas que
se han consagrado a ti y que perdones a los pobres
pecadores (*Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa
Faz*).

Sagrado corazón de Jesús, en Vos confío.
Inmaculado Corazón de María, sed la salvación del
alma mía.
Glorioso San José, aumenta nuestra fe.



I ESTACIÓN JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

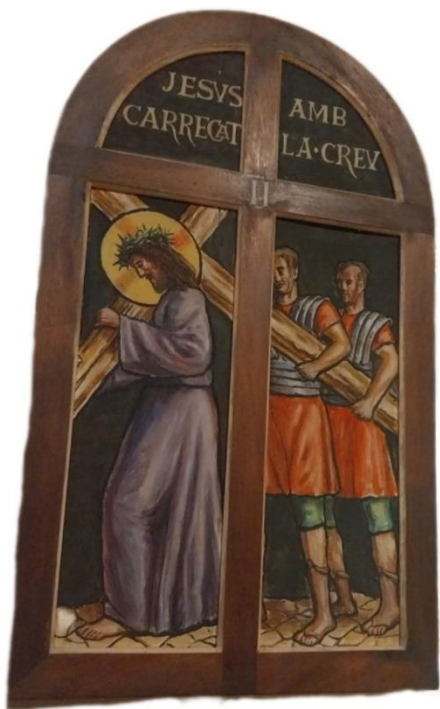
Jesús:

«Una boca impía, una boca dolosa se ha abierto contra mí; con lengua mentirosa hablan de mí. Me cercan con palabras de odio, me combaten sin razón. Me acusan en pago de mi amor, mientras yo persevero en la plegaria. Me devuelven mal por bien, odio a cambio de mi amor [...], pero yo soy como un sordo, no quiero oír, como un mudo, no abro la boca; soy como hombre que no oye, ni tiene réplica en su boca» (*Sal 107, 2-5 y Sal 38, 13-15*).

Oremos.

¡Oh Dios, conviértenos, haz que brille tu rostro y seremos salvos! (*Sal 80, 4*).

1 Padrenuestro.



II ESTACIÓN

JESÚS CARGA CON LA CRUZ

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«Por Ti he soportado el oprobio, la ignominia me ha cubierto el rostro. He llegado a ser un extraño para mis hermanos, y un extranjero para los hijos de mi madre. Porque el celo de tu Casa me devora, las afrentas de los que te afrentan caen sobre mí» (*Sal 69, 8-10*).

Oremos.

Dios mío, aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis culpas (*Sal 51, 11*).

1 Padrenuestro.



III ESTACIÓN

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«El enemigo persigue mi alma, aplasta mi vida contra el suelo, me hace habitar en las tinieblas como los que están muertos para siempre. Mi espíritu desfallece; desolado está mi corazón dentro de mí. Recuerdo los días antiguos, medito en todas tus hazañas, considero las obras de tus manos. Extiendo mis manos hacia Ti, mi alma está ante Ti como tierra reseca» (*Sal 143, 3-6*).

Oremos.

Señor, imploro tu rostro de todo corazón: ten piedad de mí, según tu promesa (*Sal 119, 58*).

1 Padrenuestro.



IV ESTACIÓN
**JESÚS ENCUENTRA A MARÍA,
SU SANTÍSIMA MADRE**

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

María:

«¡Oh vosotros, cuantos pasáis por el camino: mirad y ved si hay dolor como mi dolor...!» (*Lam 1, 12*).

Jesús:

«Arroyos de agua vierten mis ojos por el quebranto de la hija de mi pueblo. Mis ojos fluyen sin cesar porque no encuentran sosiego, hasta que mire y vea el Señor desde los cielos» (*Lam 3, 48-50*).

Oremos.

¡Oh Dios, conviértenos, haz que brille tu rostro y seremos salvos! (*Sal 80, 4*).

1 Avemaría.



V ESTACIÓN
**SIMÓN DE CIRENE AYUDA
A LLEVAR LA CRUZ DE JESÚS**

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«Estoy todo encorvado y encogido; camino todo el día entristecido, mis entrañas arden de fiebre y no hay parte sana en mi carne. Estoy agotado, abatido del todo; el temblor de mi corazón es como un rugido» (*Sal 38, 7-9*).

Como ya no tiene fuerzas para avanzar, echan mano de un tal Simón de Cirene y le obligan a llevar la cruz detrás de Jesús (cf. Lc 23, 26).

Oremos.

Dios mío, aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis culpas (*Sal 51, 11*).

1 Padrenuestro.



VI ESTACIÓN
**VERÓNICA LIMPIA
EL ROSTRO DE JESÚS**

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«Ten piedad de mí, Señor, que estoy en aprieto. De pena se consumen mis ojos, mi alma, mis entrañas; mi vida se agota en la tristeza [...] Soy la burla de todos mis rivales, escarnio de mis vecinos, espanto de mis conocidos. Los que me ven por la calle huyen de mí. Estoy olvidado como un muerto; soy como un objeto desechado» (*Sal 31, 10-11 y 12-13*).

Es entonces cuando Verónica, compadecida, se aproxima hasta Jesús y le enjuga dulcemente el Rostro con un paño.

Oremos.

Señor, imploro tu rostro de todo corazón: ten piedad de mí, según tu promesa (*Sal 119, 58*).

1 Padrenuestro.



VII ESTACIÓN
JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«Estoy hundido en un fango profundo, no puedo apoyar el pie; he llegado a las profundidades del agua, me arrastra la corriente. Estoy fatigado de gritar, mi garganta está reseca, mis ojos desfallecen a la espera de mi Dios. Más que los pelos de mi cabeza son los que me odian sin motivo» (*Sal 69, 3-5*).

Oremos.

¡Oh Dios, conviértenos, haz que brille tu rostro y seremos salvos! (*Sal 80, 4*).

1 Padrenuestro.



VIII ESTACIÓN
**JESÚS CONSUELA A LAS
MUJERES DE JERUSALÉN**

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«Abajan su cabeza a tierra las doncellas de Jerusalén. Mis ojos están consumidos por las lágrimas, me hierven las entrañas, derramados por tierra mis hígados, por la ruina de la hija de mi pueblo, porque niños y lactantes desfallecen en las plazas de la ciudad. Preguntan a sus madres: "¿Dónde hay pan y vino?", mientras desfallecen como malheridos en las plazas de la ciudad, y exhalan su espíritu en el regazo de sus madres. ¿Con qué te compararía yo, con qué te asemejaría, hija de Jerusalén? ¿Con qué te igualaría para consolarte, doncella, hija de Sión? Pues grande como el mar es tu quebranto, ¿quién te podrá curar?» (*Lam 2, 10-13*).

Oremos.

Dios mío, aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis culpas (*Sal 51, 11*).

1 Padrenuestro.



IX ESTACIÓN
JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«Me has puesto en la fosa más honda, en las tinieblas, en los abismos. Tu furor pesa sobre mí, me has echado encima todas tus olas. Has alejado de mí a mis conocidos, me has hecho para ellos algo abominable; estoy encerrado y no podré salir. Mis ojos languidecen de pena» (*Sal 88, 7-10*).

Oremos.

Señor, imploro tu rostro de todo corazón: ten piedad de mí, según tu promesa (*Sal 119, 58*).

1 Padrenuestro.



X ESTACIÓN
**JESÚS ES DESPOJADO
DE SUS VESTIDURAS**

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«Ellos miran, me observan, se reparten mis ropas y echan a suertes mi túnica. Pero Tú, Señor, no te alejes. Fuerza mía, date prisa en socorrerme» (*Sal 22, 18-20*).

Oremos.

¡Oh Dios, conviértenos, haz que brille tu rostro y seremos salvos! (*Sal 80, 4*).

1 Padrenuestro.



XI ESTACIÓN JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«Me derramo como el agua, se dislocan todos mis huesos; mi corazón se derrite como cera, se deshace en mis entrañas. Seca está como una teja mi garganta, y mi lengua, pegada al paladar; me echas al polvo de la muerte. Me rodea una jauría de perros, me asedia una banda de malvados. Han taladrado mis manos y mis pies. Puedo contar todos mis huesos (*Sal 22, 15-18*)».

Oremos.

Dios mío, aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis culpas (*Sal 51, 11*).

1 Padrenuestro.



XII ESTACIÓN

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús:

«Mi corazón se acelera, me abandonan las fuerzas, hasta se apaga la luz de mis ojos. Mis amigos y compañeros se alejan por mis dolencias, mis parientes se mantienen a distancia [...] ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? Lejos estás de mi salvación, de mis palabras suplicantes. Dios mío, te invoco de día, y no escuchas; de noche, y no encuentro descanso [...].

Pero yo soy un gusano, no un hombre, oprobio de los hombres, desprecio del pueblo. Al verme, todos hacen burla de mí, tuercen los labios, mueven la cabeza: "Confió en el Señor: que lo salve Él, que lo libre, si es que lo ama" [...].

El oprobio me ha destrozado el corazón, desfallezco. He esperado ser compadecido, pero nada, consoladores, pero no los hallé. Me daban hiel por comida, cuando tenía sed me escanciaban vinagre [...].

Atiéndeme, respóndeme. Estoy inquieto en mi ansiedad, me conturbo por la voz del enemigo, por la opresión del impío, porque descargan culpas sobre mí y me hostigan con furor. Mi corazón se estremece en mi interior, me asaltan pavores de muerte; me invaden temor y temblor, me cubre el horror. Me digo: "¡Quién me diese alas, como a la paloma, para volar y encontrar descanso!". Así huiría lejos, moraría en el desierto [...].

Guárdame, Dios mío, que me refugio en Ti [...], porque no abandonarás mi alma en el sheol, ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. Me enseñas la senda de la vida, saciedad de gozo en tu presencia, dicha perpetua a tu derecha».

(Sal 38, 11-12 / Sal 22, 2-3 / Sal 22, 7-9 / Sal 69, 21-22 / Sal 55, 3-8/ /Sal 16, 1 y 10).

Oremos.

Señor, imploro tu rostro de todo corazón: ten piedad de mí, según tu promesa (*Sal 119, 58*).

1 Padrenuestro.





XIII ESTACIÓN
**JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ
Y PUESTO EN BRAZOS DE SU MADRE**

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

María:

«Como en un lagar pisó el Señor a la doncella hija de Judá. Por eso estoy llorando. Mis ojos, los ojos míos, se van en agua, porque se alejó de mí quien me consolaba, quien me levantaba el ánimo. Mis hijos están desolados porque se impuso el enemigo. Sión extiende sus manos sin que nadie la consuele. El Señor mandó contra Jacob que sus adversarios lo rodeasen. Jerusalén ha quedado como trapo sucio entre ellos» (*Lam 1, 15-17*).

Oremos.

¡Oh Dios, conviértenos, haz que brille tu rostro y seremos salvos! (*Sal 80, 4*).

1 Avemaría.



XIV ESTACIÓN JESÚS ES SEPULTADO

V/ Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

«De su linaje ¿quién se ocupará? Pues fue arrancado de la tierra de los vivientes, fue herido de muerte por el pecado de mi pueblo. Y se puso con los impíos su sepulcro, y con el rico su tumba, aunque él no cometió violencia ni hubo mentira en su boca. Dispuso el Señor quebrantarlo con dolencias» (Is 53, 8-10).

Oremos.

Dios mío, aparta tu rostro de mis pecados y borra todas mis culpas (Sal 51, 11).

1 Padrenuestro.

Oración final

¡Oh Jesús, que en tu acerba Pasión fuiste hecho el oprobio de los hombres y el varón de dolores! Yo venero tu divino Rostro, en el que resplandecen la belleza y la dulzura de la divinidad, trocado ahora por mí en el rostro de un leproso. Pero, a través de estos rasgos desfigurados, reconozco tu amor infinito y siento abrasarme en deseos de amarte y de hacerte amar de los hombres. Las lágrimas que corren en abundancia de tus ojos me parecen otras tantas perlas preciosas que me complazco en recoger, para comprar con su infinito valor las almas de los pobres pecadores.

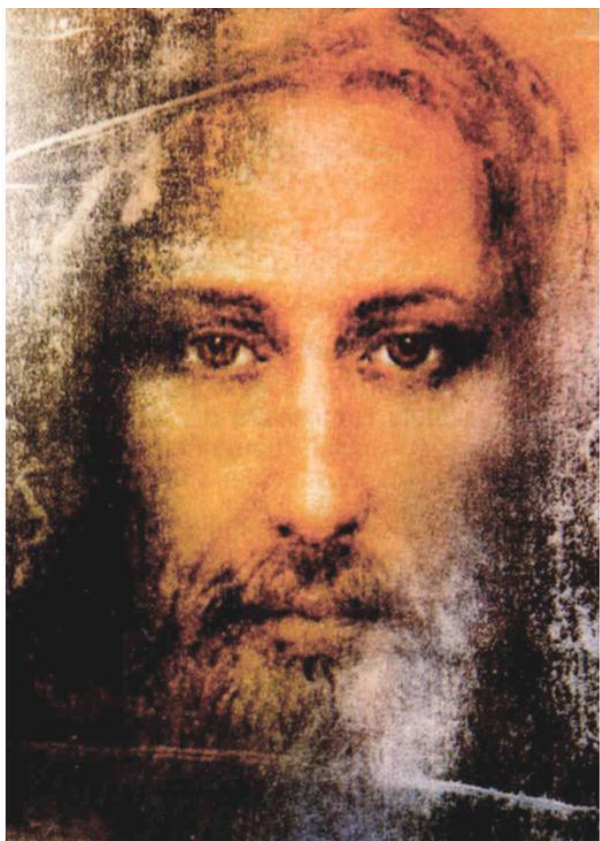
¡Oh Jesús, cuyo Rostro es la única hermosura que arrebató mi corazón! Me resigno a no gozar aquí abajo de la dulzura de tu mirada y a no gustar el inefable consuelo de tus besos; pero te suplico que imprimas en mí tu semejanza divina, y me enciendas en tu amor, de tal modo que en breve me consuma y pueda llegar pronto a disfrutar en el cielo de tu Rostro glorioso. Así sea.

Oración compuesta por Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. 300 días de indulgencia por cada vez, aplicables a las almas del purgatorio (Pío X, 13 de febrero de 1906).

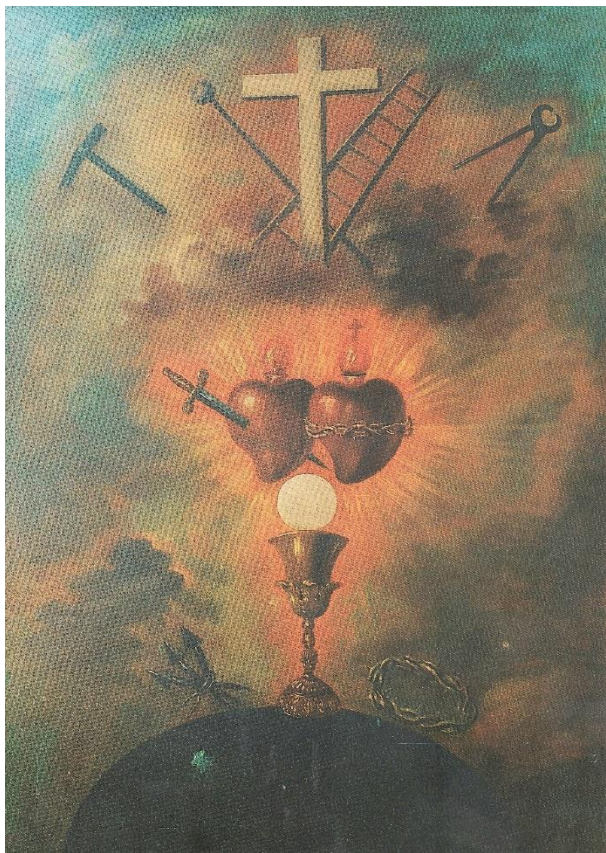
Acción de gracias al Señor por la Obra de la Redención

«Anunciaré tu Nombre a mis hermanos, te alabaré en medio de la asamblea. Los que teméis al Señor, alabadle; estirpe toda de Jacob, glorificadle, temedle, estirpe toda de Israel. Pues no desprecia ni desdeña la miseria del mísero, ni le oculta el rostro; cuando a Él clama, le escucha. Te alabaré ante la gran asamblea. Cumpliré mis votos delante de quienes le temen. Los pobres comerán hasta saciarse, alabarán al Señor los que le buscan. ¡Que vuestro corazón viva por siempre!

Se acordarán y se convertirán al Señor los enteros confines de la tierra; se postrarán en su presencia todas las familias de las naciones, porque del Señor es el Reino, Él domina a las naciones. Ante Él solo se postrarán los que duermen en la tierra, ante Él doblarán la rodilla cuantos bajan al polvo. Pero mi alma vivirá para Él. Mi descendencia le servirá, hablará del Señor a la generación venidera, y proclamarán su justicia al pueblo que ha de nacer: «Así lo hará el Señor» (*Sal 22, 23-32*).



APÉNDICE



Introducción

Si contemplamos la Pasión del Señor, no podemos dejar a un lado la contemplación de la Eucaristía, pues en la Misa se hace presente el Sacrificio de la Cruz. Y si bien lo hace de forma incruenta, a Jesús le duelen nuestros desprecios e indiferencias. Sobre todo, hay que tener en cuenta que el Señor, en Getsemaní, sufrió una profundísima agonía al contemplar con anticipación los pecados de todos los hombres de todos los tiempos, hasta el punto de sudar sangre. Entre esos pecados se hallan los desprecios al Sacramento de Su Amor, los cuales atentan contra el Primer Mandamiento.

Así pues, ofrecemos aquí una serie de meditaciones bíblicas para considerar algunos de Sus sufrimientos en la Eucaristía.

La contemplación de estos dolores no debe llevar a anclarnos en nuestra miseria, hasta el punto de hundirnos, de hostigarnos a nosotros mismos, o de juzgar a los demás. Ciertamente somos miserables, pero no somos el centro. El centro es Jesús. Por lo tanto, Su dolor debe llevar a que pongamos los ojos en Él; en Su inconmensurable Amor que «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Cor 13, 7). Y así, maravillarnos por Su lealtad e

incondicionalidad; y alabar a Aquel que, aun con nuestros desprecios e indiferencias, permanece fiel a Su promesa y se queda con nosotros «todos los días hasta el fin del mundo» (*cf. Mat 28, 20*). Ahí radica nuestra dignidad: en Su Amor. En que se nos da a Sí mismo... Primero, a través de Su Espíritu; y luego, a través de Su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Todo Él en la Eucaristía. Siempre a nuestra merced.

Cuando uno es consciente de esto, no puede tener otro deseo que el de amar: a Él, y al prójimo por amor a Él. Ésta es la finalidad de estas meditaciones. Porque este deseo es el que mueve al alma a la acción, a tratar de enmendar sus faltas.

Aun así, habrá caídas, y habrá que levantarse de nuevo...; alzando, sobre todo, la mirada al Señor. Pero debemos alegrarnos de nuestra debilidad y de Su Misericordia, pues ahí es donde está nuestra fortaleza.

Dicho esto, y con el auxilio de la Inmaculada, contemplemos con profunda reverencia al Amor que no es amado.

CONSIDERACIÓN DE ALGUNOS DOLORES DE JESÚS EUCARISTÍA

+

*Madre mía Inmaculada; San José, mi padre y señor;
Ángel de mi guarda: interceded por mí.*

Oración inicial

Tú, que conoces mi extrema pequeñez,
¡no temes abajarte hacia mí!
¡Ven a mi corazón, blanca Hostia a quien amo!
¡Ven a mi corazón, que él te desea!
¡Ah!, quisiera que tu bondad me permitiera
morir de amor, después de esa gracia.
¡Jesús!, atiende la voz de mi ternura.
¡Ven a mi corazón!

(Oración de Santa Teresita del Niño Jesús).

10 dolores de Jesús Eucaristía

Dice Jesús: «Mis delicias están con los hijos de los hombres» (*Prov 8, 31*).

Pero Su amor, en tantas ocasiones, no es correspondido. Y sufre al recibir desprecio tras desprecio. ¿Querrás acompañarlo en Su dolor? Considera estos desprecios y abísmate en Su Amor.

JESÚS EUCARISTÍA SUFRE...

1. Cuando antepone otros planes a la Eucaristía (sea la Misa, sea la adoración al Santísimo...):

«Mi pueblo ha cometido dos males: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua» (*Jer 2, 13*).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

2. Cuando no vamos al templo a visitar al Señor, o cuando vamos y lo tratamos con indiferencia (sea en la adoración, sea al comulgar en la Misa):

«Ha alejado de mí a mis hermanos, mis conocidos me tratan como a extranjero. Han desaparecido mis amigos y mis íntimos me han olvidado. Mis huéspedes y criados me tienen por un extraño, soy un desconocido a sus ojos. Llamo a mi esclavo y no responde, aunque le implore con mi propia boca. Mi aliento es repugnante para mi mujer y resulto maloliente a los hijos de mis entrañas» (*Job 19, 13-17*).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

3. Cuando dejamos de ir al templo a ver al Señor, y únicamente rezamos desde casa cuando tenemos alguna necesidad:

«Pues me dan la espalda y no la cara; pero, al tiempo de su desgracia, dicen: «¡Levántate y sálvanos!» [...] ¡Qué generación la vuestra! Prestad atención a la palabra del Señor. ¿Acaso he sido un desierto para Israel, o una tierra lóbrega? ¿Por qué dice mi pueblo: “¡Vayamos errantes, no vendremos más a Ti!”? ¿Se

olvida una virgen de sus joyas; una novia, de sus cintas? Pues mi pueblo me tiene olvidado por días sin cuenta» (Jer 2, 27 y 31-32).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

4. Cuando algunos sacerdotes cambian la materia prescrita para la Eucaristía por otra, o cuando modifican las palabras esenciales de la Consagración —dejando así de ofrecer a Jesús como Víctima—:

«En todo lugar es ofrecido incienso y una oblación pura a mi Nombre, porque mi Nombre es grande entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos. Pero vosotros lo profanáis cuando vais diciendo: “La mesa del Señor está profanada, y su comida es despreciable”. Y añadís: “¡Qué fastidio!”. Y la desdeñáis [...] y traéis la res robada, la coja y la enferma y la presentáis como ofrenda» (*Malaquías 1, 11-13*).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

5. Cuando el Señor nos regala el don de la conversión, pero no vamos a Misa (o lo hacemos de forma muy puntual):

«Yo soy el Señor, tu Dios, que te hice subir de la tierra de Egipto. Abre bien tu boca y Yo la llenaré. Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no me obedeció» (Sal 81, 11-12).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

6. Cuando algunos sacerdotes no se comportan conforme a la sacralidad del templo, o cuando no orientan a sus feligreses para que respeten el lugar y la Liturgia:

«Sus sacerdotes han violado mi Ley y han profanado mi santuario. No han hecho distinción entre lo santo y lo profano, no han enseñado a distinguir entre lo puro y lo impuro [...] y Yo he sido deshonrado en medio de ellos» (Ez 22, 26).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

7. Cuando alguno abandona su fe y se vuelve al espíritu del mundo; o cuando vamos a la iglesia y dejamos la oración en un segundo plano:

«—Escuchadme: ahora os purificaréis y purificaréis el Templo del Señor, Dios de vuestros padres. Luego sacaréis fuera del Santuario toda inmundicia, porque nuestros padres han sido infieles, han obrado mal a los ojos del Señor, nuestro Dios, y le han abandonado. Han apartado su rostro del Santuario del Señor y le han vuelto la espalda; han cerrado las puertas del vestíbulo, han apagado las lámparas, no han ofrecido incienso ni holocaustos en el Santuario al Dios de Israel» (2 Cro 29, 5-7).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

8. Cuando vivimos como los paganos (con mundanidad, rencores, injusticias...) y a la vez acudimos a la iglesia sin intención de cambiar:

«No traigáis más ofrendas vanas. ¡Abomino del humo del incienso, de los novilunios, sábados y llamadas a asamblea...! ¡No soporto iniquidad y reunión solemne! Mi alma aborrece vuestros novilunios y solemnidades, me resultan una carga, estoy cansado

de soportarlos. Cuando eleváis vuestras manos, me tapo los ojos para no veros. Cuando multiplicáis vuestras plegarias, no os quiero escuchar: vuestras manos están llenas de sangre» (Is 1, 13-15).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

9. Cuando los paganos profanan el templo con robos y otros sacrilegios, y los fieles no hacemos nada por impedirlo:

«—¡Ay de mí! ¿Por qué he nacido para ver la destrucción de mi pueblo, la destrucción de la ciudad santa? Se han quedado ahí sentados mientras ésta era entregada en manos de los enemigos y el Santuario en manos de extraños. Su Templo es como un hombre sin honor, sus gloriosos utensilios han sido llevados como parte de un botín [...] Todo su adorno ha sido arrancado. La que antes era libre, se ha convertido en esclava. Mirad, nuestras cosas santas, nuestra belleza y nuestra gloria han sido exterminadas, y los gentiles las han profanado. ¿Para qué seguimos viviendo?» (1 Mac 2, 8-9 y 11-12).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

10. Cuando, tras experimentar las bondades del Señor, nos decidimos por las seducciones del mundo:

«Incluso mi amigo, en quien yo confiaba, el que compartía mi pan, ha levantado contra mí el calcañar» (*Sal 41, 10*).

-Señor, ten piedad de mí, sana mi alma, que he pecado contra Ti (Sal 41, 5).

Oración final

Pasó, al fin, el tiempo del llanto.
He vestido el vellón del rebaño.
Para mí se alza un nuevo horizonte.
Madre de Dios, en este maravilloso día,
¡oh!, esconde a tu pobre corderillo bajo tu manto [...].
La inefable mirada de tu Hijo
se ha posado sobre mi alma.
He buscado su adorable Rostro,
y en él deseo esconderme.
Necesitaré ser siempre pequeñita
para merecer la mirada de sus ojos.
Pero muy pronto creceré en la virtud
bajo el calor de este Astro de los cielos.
(*Oración de Santa Teresita del Niño Jesús*).

«El Señor te bendiga y te guarde,
el Señor haga brillar su rostro sobre ti
y te conceda su gracia,
el Señor alce su rostro hacia ti
y te conceda la paz».

(Números 6, 24-26).

AMDG
PMGJ+



Este Viacrucis terminó de editarse
el 22 de febrero de 2025,
fiesta de la Cátedra de San Pedro, Apóstol.

www.frayremigimartir.com

